

# Biografía emotiva de Nicanor Parra

Capítulo Decimocuarto

## SERMONES PARA EL MUNDO

EFRAIN SZMULEWICZ

*“A pesar de que vengo preparado  
realmente no sé por dónde empezar  
empezaré sacándome las gafas  
esta barba no crean que es postiza  
22 años que no me la corto  
como tampoco me corto las uñas  
o sea que cumplí la palabra empeñada  
más allá de la fecha convenida  
puesto que la manda fue sólo para veinte...”*

(del Sermón I)

He aquí la introducción que el hablante lírico adelanta para que los “Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui” estén en condiciones de ser escuchados a lo largo y ancho de la geografía chilena y más allá de sus fronteras. Los lugares de su presencia han de constituir un caleidoscopio de variedad inverosímil. Lo dice él mismo: iré “predicando mis sanos pensamientos / en beneficio de la Humanidad / aunque los cuerdos me tilden de loco / cientos de conferencias en cárceles y hospitales / en asilos de ancianos... /, etc. Sufrirá “humillaciones, burlas, riso-

tadas...". Todo esto lo hará vistiendo un "humilde sayal" y en memoria de su "madre idolatrada" (lo último es sólo una figura literaria, puesto que la idolatría es, etimológicamente, una aberración para el predicador). Aquí es donde el hábito hizo al monje, convirtiendo a un obrero de la pampa salitrera en orador sagrado, ya que la manda era para vestir el sayal y no la de predicar...

Aunque son muy lejanas las asociaciones que acercan al Cristo de Elqui al niño nacido en Belén, se siente en la obligación de precisar que su propósito es el de ser "hombre y no dios como creen algunos". Sin embargo, al igual que el Hijo del Hombre, fue perseguido por profanos y sagrados; no tuvo donde alojar, "aunque pagara el doble o triple de la tarifa". También aquí, en el caso de Domingo Zárate Vega, llamado "Cristo de Elqui", las autoridades (Carabineros de Chile) se compadecieron del peregrino, ayudándole a encontrar reposo (Poncio Pilatos tampoco creía en la locura de Jesús)...

Las prédicas comienzan por consejos de sano vivir: habla de las comidas, del dormir, de la vida conyugal, etc. Como si el mundo acabase de nacer, como si nada se hubiese dicho al respecto, Domingo Zárate enseña las primeras letras del comportamiento humano; anatemiza a pecadores tradicionales y a los que no saben de sus pecados; enrostra la "hipocresía" a los sacerdotes prevaricadores que predicán y no practican. Creemos que no puede haber un mejor comienzo para un poeta como Nicanor Parra que el papel de evangelista del "Cristo de Elqui", cuyos sermones constituyen una expresión de singular belleza popular, de honda y mágica antipoesía. Parra se constituye en un verdadero San Mateo, el de los sermones para el mundo entero y no como lo era Juan, el de las interpretaciones metafísicas...

\* \* \*

Si hay alguna leyenda —escrita u oral— que no contenga, siquiera, una pequeña porción de verosimilitud, no faltará alguien que, con razones entendibles o de naturaleza esotérica,

procurará adaptarla a hechos acaecidos o por suceder, con el fin de que nada permanezca en el aire, en calidad de huérfano, sin apoyo hipotético. Apenas nace una fábula y, en seguida, aparece la asimilación a eso que llamamos "realidad". Las predicciones, profecías, visiones y augurios, también hallan su camino interpretativo que lleva a lo fidedigno, aunque ese camino tenga aspecto acomodaticio sin mayor acopio demostrativo. Existe una fábula que narra la historia de un mentiroso insigne, quien aseguraba haber encontrado un potrillo recién nacido en una libra de mantequilla. Al pedírsele argumentos de verosimilitud del hecho, afirmaba con toda seriedad que la explicación la tuvo cuando supo que en una granja vecina a la ciudad se fabricaba mantequilla en una noria. El batido lo hacía un caballo que caminaba en torno a la noria y que, siendo yegua, parió repentinamente, sin percatarse de ello los dueños de la granja. El potrillo quedó dentro de la masa mantecosa y salió al mercado en una pieza adquirida por los familiares del mentiroso . . .

Cuando apareció en escena Domingo Zárate Vega, no faltaron los apodos para el predicador popular; y, entre todos, quedó el de "Cristo de Elqui". A propósito de esto existen diversas versiones que tienden a explicar el origen del título. Una de ellas hace mención a la profecía de un santo varón del siglo trece de nuestra era, quien aseguraba que, por allá, en mitades del siglo veinte, habría de aparecer, en tierras desconocidas aún, al sur del ecuador, en un valle apacible, lleno de belleza natural, un individuo que, al contrario de todos los impostores que se proclaman Mesías, sería el verdadero emisario avanzado, quien anunciaría la Buena Nueva de la llegada del Mesías. El lugar elegido por el interpretador de la profecía era Elqui, en Chile. De allí partió, aparentemente, el nombre de "Cristo de Elqui". El mismo Zárate no hizo mucho por oponerse al título, quedando las cosas así, como lo hace la leyenda más que la historia.

Nicanor Parra, en pleno apogeo de su creatividad, tomó a su cargo la evangelización de la palabra simple; pero, a la vez, de mayor hondura, de raíz universal en lo que a las cosas del hombre y de la naturaleza se refieren, de Domingo Zárate Vega, obrero sin instrucción, del norte chileno. Una frase del poeta, expresada en una conversación con el autor de la presen-



te biografía emotiva, entrega la clave de la tarea emprendida y que parece ser la más trascendental de toda la obra parriana: “Mientras buscamos la verdad y el sentido de las cosas, las cosas se muestran en su aspecto más simple”. Domingo Zárate dijo la “palabra” y su intérprete, antipoeta aprobado universalmente, halló la fórmula para elevar dicho verbo a la categoría de una narrativa lírica en donde el hablante entregó un punto de partida, una doctrina empírica, una inspiración, un material primario.

Los “Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui”, en su volumen inicial —porque habrá prédicas para el mundo entero y por mucho tiempo—, ven cumplidas las aseveraciones de la profecía; el lugar es Chile, el hombre es chileno y el testigo-evangelista-narrador es también chileno. Pero lo fundamental es el lenguaje; y aquí nos remitimos, nuevamente, al augurio:

Según el varón de la clara videncia, del siglo trece, el hombre que vendría a resolver todos los planteamientos que atormentan al género humano, hablaría con las palabras de mayor simpleza y entendimiento, “trayendo paz a las almas, goce a sus sentidos y bienestar general”. El poeta chileno que nos preocupa aquí cumple el cometido de narrar los sermones y prédicas del Cristo de Elqui, tomando conciencia de la época, con la voz desimpostada, para general complacencia. La fórmula “antipoesía” se ha transformado aquí en la verdadera poesía existencial, la sencillez aparente (que se confunde con la simplicidad) es elevada a la categoría de belleza natural, hermana del universo y de su sentido medular; es lo contrario de la poesía hermética, cuyo sentido requiere interpretación académica. Las prédicas del Cristo de Elqui, más allá de toda otra creación parriana, conducen lo cotidiano a lo cósmico. No faltará —así lo esperamos—, mediante el proceso de las escrituras elquinas, nada de lo que atañe al hombre. Toda la fenomenología será expuesta en palabras de mágica modestia. Las fórmulas le son exclusivas al poeta y toda elucubración ulterior al mismo texto no tiene sentido. En los “Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui”, la carencia del sentido está implícita y con una imagen de todo lo que se ve y se hace. Allí se afirma lo inafirmable; se define lo indefinible, razón por la cual se convierten en el más fiel retrato del caminar humano y de sus

solemnidades. El absurdo yace en la autenticidad, en la impotencia de ver “más allá de las narices” (emulando palabras de Nicanor Parra). La metaciencia, como aventura del pensamiento exacto y hermana de la remota metafísica, se ha convertido en la única posibilidad de proyecciones futuristas, ya que, cada vez con mayor frecuencia, la inseguridad definitiva en axiomas establecidos hace que la verdad sea mutable al momento de descubrirse nuevas fuentes de información sobre el asunto de marras. Los “Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui” se han de convertir en el símbolo de esa inseguridad, a través de sus valores humanos generales —concepto, dogma, belleza poética al alcance del simple y del villano, ironía universal acerca de toda manifestación trascendente, costumbres, prejuicios, moral, salud, dignidad personal, idioma (“y perdonen si me he expresado en lengua vulgar / es que esa es la lengua de la gente”), fe, riquezas, conocimientos y otras materias que veremos textualmente—; y como Nicanor Parra parece haber descubierto una infinidad de rollos escritos por Domingo Zárata, la problemática no se ha de agotar tan pronto.

El primer volumen de los sermones hace las veces de una introducción al mismo evangelio. Cuando habla de la fe, emplea palabras simples para vapulear las creencias del carbonero: “Mentes que sólo pueden funcionar / a partir de los datos de los sentidos / han ideado un cielo zoomórfico / sin estructura propia / simple transposición de la fauna terrestre / donde pululan ángeles y querubines / como si fueran aves de corral / ¡inaceptable desde todo punto de vista! / yo sospecho que el cielo se parece más / a un tratado de lógica simbólica / que a una exposición de animales”.

Hay aquí un planteamiento teológico de abrumadora convicción. Es un verdadero sermón de “la montaña”. La fórmula “lógica simbólica”, a la vez de ser magia antipoética en su forma, representa todo un sistema filosófico. Si la lógica es una consecuencia del raciocinio humano, el hecho de ser “simbólica” la transforma en algo hipotético, relativo y, por ende, en representación de la inseguridad del hombre.

En el sermón XVI, el poeta afirma que “la religión y lógica a la larga / vienen a ser prácticamente lo mismo / se debiera sumar / como quien reza un ave maría / se debiera rezar



como quien efectúa una operación matemática / oraciones y ruegos claro que sí / ceremonias diabólicas no / humillémonos ante el grandioso / para que no se ría Satañas”. Las lecciones de fe racional continúan aquí, “para que no se ría Satanás”. Y ¿quién es Satanás? Respondemos: Satanás es todo aquel que no acepta evidencias imbéciles. Puesto que la religión es sinónimo de lógica, los hombres de fe religiosa no pueden ser tontos. En el número XVIII, el sermón se hace ecuménico; y para que no se confunda el principio filosófico del Cristo-evangelista, da los consejos y se lava las manos, porque “a pesar de no tener velas en ese entierro / puesto que soy un libre pensador”. No cabe duda que es un “libre” pensador; pero que, también libremente, medita en su religiosidad.

La Penitencia a la que se había sometido el Cristo de Elqui llegó a su fin. Más aún, como sucede en las condenas judiciales, por las dudas, se pasó del tiempo ofrecido. Era, pues, lícito suponer que también concluiría con las prédicas, ya que el hábito (“humilde sayal”) constituía parte esencial de la manda. Sin embargo, no fue así; el imperativo de ir enseñando reglas de moral y buenas costumbres, se hizo naturaleza en Domingo Zárate. Su fe se hacía cada vez más sólida y su chilenidad lingüística fascinaba los ánimos del singular rebaño de feligreses que le seguían. Un idioma “al revés de los cristianos” hacía gala en calles, mercados, hospitales, cárceles y templos improvisados. Se supone que su evangelista, el entonces joven poeta Nicanor Parra, seguía los pasos del predicador, para su posterior “vida y pasión”. El vate de la futura antipoesía sentía haber encontrado “la horma de su zapato” en alguien que, sin proponérselo expresamente, preparaba la argamasa para un hábil albañil (Domingo Zárate lo era en su vida real anterior al estado de gracia), avezado en estructuras líricas, aunque el lirismo, propiamente tal, en su versión tradicional, se hallaría fuera del andamio antipoético. El verbalismo anárquico del Cristo de Elqui iría convirtiéndose en una verdadera biblia chilena de insospechables perspectivas. Una nacionalidad poética de alta jerarquía, al igual que en el caso de Walt Whitman (“Hojas de Hierba”), provocaría el nacimiento, con vital regularidad, de las hojas de Parra, para incrementar, página a página, la obra siempre inconclusa “Sermones y Predicas del Cristo de Elqui”. Era natural que, siendo los asuntos del hom-

bre de naturaleza infinita, también las soluciones probables deberían poseer las mismas características; lo dice el predicador en el sermón número XX:

“En la realidad no hay adjetivos  
ni conjunciones ni preposiciones  
¿quién ha visto jamás una Y  
fuera de la gramática de Bello?  
en la realidad hay sólo acciones y cosas  
un hombre bailando con una mujer  
una mujer amamantando a su nene  
un funeral —un árbol— una vaca  
la interjección la pone el sujeto  
el adverbio lo pone el profesor  
y el verbo ser es una alucinación del filósofo”.

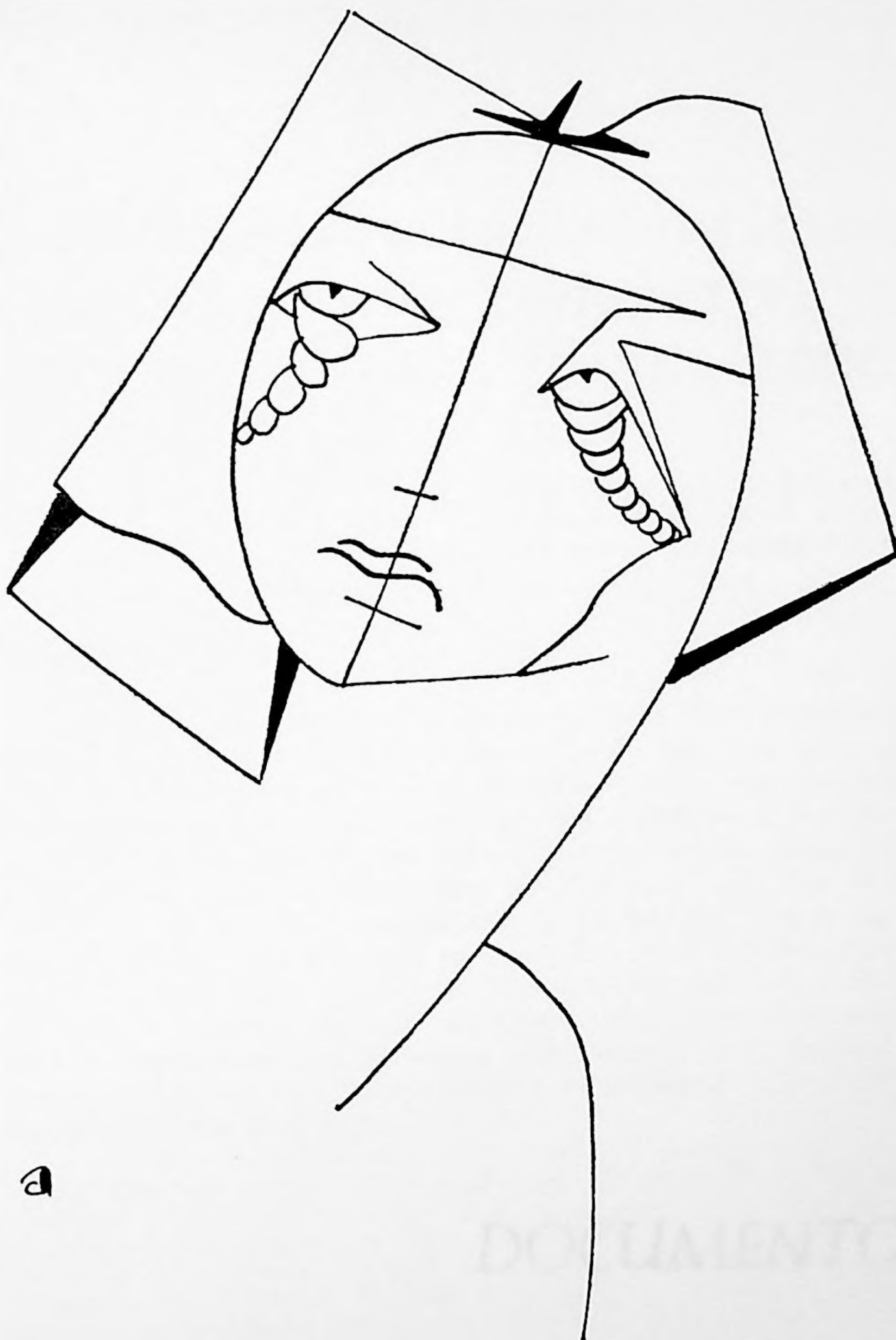
¡Cuántos problemas! Se necesitarían varias vidas humanas para sólo plantearlos... ¿Resolverlos?, ni hablar... Pero no hay desmayos: cada día que pasa, un sermón indica la ruta a seguir, para gloria de Dios y beneficio de hombres. La fe, un tanto insegura, sin atrevimiento, del autor, subraya la inseguridad general del ser humano, por lo que se transforma lo más auténtico de las adhesiones a Dios. Desaparece todo vestigio de apariencia, hipocresía y mentira. La seguridad es sólo un privilegio de lo absoluto y de la imbecilidad... Ante las consejas del hombre de Elqui, el sabio (hombre del extremo superior) sonríe irónicamente; pero si los discursos se prolongan y la aparente ingenuidad se transforma en hondas verdades dichas con la mayor simpleza, donde hay no poco humor popular, su actitud varía y hace que medite y considere el asunto no como manifestación de candidez, sino en calidad de instrumento mágico para general entendimiento, revestido de belleza maravillante. En el otro extremo de la comunidad, el simple, el villano, el de escaso discernimiento, asimila las palabras de Zárate (por boca de Parra) en calidad de sabiduría indiscutible. Pero donde los dos extremos comulgan al unísono, es en el hechizo mismo de las oraciones vertidas; en el espectáculo de la verdadera antipoesía —elemento esencial de rebeldía contra las altisonancias, solemnidades doctorales y toda calaña “hermética”—. El supuesto desorden recional se convierte en un cúmulo de sugerencias prodigiosas, imposibles de colocar en

posición disecadora, sin incurrir en sacrilegio de lesa hechicería y belleza.

La antipoesía o superpoesía de los “Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui” —en pleno desenvolvimiento aún— han de quedar en los anales de las Letras chilenas y universales, como la médula espinal de toda la obra de Nicanor Parra. Si bien es cierto que su labor anterior merece —y así lo ven los estudios hechos sobre su poesía en el mundo entero— el lugar que tiene Parra en la literatura actual, los sermones constituyen la cúspide de esa pirámide. En ellos se abordan los asuntos de tan variada índole, que en la lírica general sería imposible hacer, por ser algunos de ellos elementos antipoéticos; pero siendo la esencia de la obra, precisamente, “antipoesía”, nada puede serle extraño. El Cristo de Elqui ha puesto el punto geométrico de la problemática cósmica en sus prédicas; y Nicanor Parra —poeta y matemático— está desarrollando los movimientos de dicho punto, dándole las infinitas dimensiones hipotéticas del universo.

Ahora que se han abierto los portones del castillo mágico, entremos a ver qué es lo que hay adentro.





a

DOCUMENTOS